

Friedrich Glauser

GOURRAMA
UNA NOVELA DE LA LEGIÓN EXTRANJERA



*Traducción y prólogo a cargo de
Carlos Fortea*



EX LIBRIS.....

.....



GINGER APE BOOKS&FILMS

La traducción de la presente novela ha sido posible gracias al apoyo de:
fundación suiza para la cultura

prohelvetia

Título original: *Gourrama. Ein Roman aus der Fremdenlegion* (basada en la edición de 1997, publicada por Limmat Verlag, Zürich)

Autor: Friedrich Glauser

Traductor: Carlos Fortea

Colección Thompson&Thompson

TT10-00023-A

Primera edición en Ginger Ape Books&Films: octubre de 2020

© De la traducción y el prólogo: Carlos Fortea Gil

© De la presente edición: Ginger Ape Books&Films, S. L.

© Copyright

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

ISBN: 978-84-121689-3-8

Depósito legal: AL 2240-2020

THEMA: FBC

Diseño de cubiertas y maquetación: Maximilian Thompson

Impreso por Mayor Print Industrias Gráficas, S. L.

Avda. Málaga Oloroso, 34

29014 - Málaga

GINGER APE BOOKS&FILMS, S. L.

WWW.GINGERAPEBOOKS.COM · WWW.FACEBOOK.COM/GINGERAPEBOOKS

GOURRAMA
UNA NOVELA DE LA LEGIÓN EXTRANJERA

*A Max Müller, el médico,
y a su esposa Gertrud*

PRIMERA PARTE · *Vida cotidiana*

La solitude bleue et stérile a frémi...
Mallarmé, *Don du poème*

CAPÍTULO I · *El 14 de julio*

—Dos kilómetros más —dijo Kainz—. Ya ves la torre del puesto... ¡Ahora! ¡Mira! Ahí, donde brilla, ta la habitación del Viejo...

Se afirmaba en los estribos y jadeaba porque era viejo.

—¿No querías ir allí? —preguntó Todd mientras se secaba el sudor de los ralos pelos de la barba—. ¡Bueno, bueno!

Kainz sacudió la reseca cabeza y se pasó el pañuelo bajo el salacot. Eran solo las nueve de la mañana, pero el sol ya ardía. La Tercera Sección de la Segunda Compagnie Montée del Tercer Regimiento Extranjero había recogido en Atchana un destacamento de veinte hombres, llegados de Argelia como refuerzo. La tropa regresaba a Gourrama, un pequeño puesto del sur de Marruecos.

La llanura era gris y estaba dividida por profundos fosos. Los bordes estaban cortados a pico, era como si el calor y la sequedad hubieran rajado la tierra durante largos trechos. Pero en invierno corrían arroyos por esas grietas; bajaban de las montañas de piedra roja que centelleaban al sol, a lo lejos. Y al este, a sus espaldas, se alzaban las cumbres nevadas del Alto Atlas, resplandecientes como plata brillante contra el cielo azul oscuro...

A la cabeza de la columna cabalgaba el sargento Hassa, un bohemio de ojos equívocos que había asumido en Colomb-Béchar el mando de los *nuevos*. Voluntarios para Marruecos de Saida, Le Kreider, Bel-Abbés... El

propio Hassa venía de Géryville con dos cabos y tres hombres. Junto a Hassa cabalgaba el *adjutant* Cattaneo, que mandaba la Tercera Sección, un piamontés que lucía un bigote salpicado de gris sobre el rostro abotargado; el aguardiente le había amoratado la piel... además, era un analfabeto que solo con gran esfuerzo conseguía estampar su firma. Pero siempre encontraba voluntarios suficientes para escribirle los informes, porque era temido por su brutalidad. Como muchas personas sin formación a las que inesperadamente se les asigna poder, gustaba de pronunciar discursos pedagógicos. Y se alegraba de que el sargento Hassa fuera un oyente atento.

El *adjutant* Cattaneo estaba hablando de la situación de la Segunda Compagnie Montée. La comandaba el *capitaine* Chabert, un hombre tranquilo, decente, que sin embargo no sentía mucho respeto por la disciplina. Con los suboficiales, su conducta estaba a veces por debajo de toda crítica —¡por debajo de toda crítica!—, porque siempre le daba la razón al hombre común. En ese momento su voz se volvió venenosa, para chismorrear acerca del teniente Lartigue. Era un caballero muy elegante —«¡un muuuusíúúú!»—, que pasaba mucho tiempo dedicado a los libros, ¡incluso los leía! ¡Y qué elegante era el teniente! ¡Tenía cinco uniformes blancos y tres caqui! Para pasar el tiempo —porque no se podía llamar de otra manera a su actividad militar—, mandaba la Sección de Ametralladoras. ¡Un señor con delirios de grandeza! Más no se podía decir de él... Hassa asentía ante estas manifestaciones y su sonrisa tenía el matiz justo de subordinación.

Entonces le tocó el turno a otro hombre que, aunque cabo, parecía representar cierto papel en la compañía. Lös se llamaba aquel individuo, dijo el carretero del Piamonte, porque Cattaneo había desempeñado ese respetable oficio antes de convertirse en un pequeño tirano en un ejército de mercenarios. En lo que a ese cabo Lös se refería, hacía dos meses que había asumido la administración, la intendencia, de manos del sargento Sitnikoff. Y lo curioso de ese mantenimiento, de esa intendencia era que no estaba sometido en realidad al comandante de la compañía, el *capitaine* Chabert, sino a la oficina de intendencia de Bou-Denib. En tono amargo, el *adjutant* continuó quejándose de aquel individuo, Lös. ¡A él, su superior —porque estaba claro que por rango un *adjutant* era superior a un cabo—, a él pues, su *adjutant*, ese Lös le había negado el aguardiente de la mañana!... ¡Y eso que en el almacén de administración había por lo menos cinco toneles de trescientos litros cada uno! ¡Cinco toneles!... ¡Aguardiente de patata!... ¡Qué bien le sentaba al *adjutant* escupir su furia contra ese cabo de administración Lös! ¡Y qué bien le sentaba la ratificación de un subordinado! Aumentaban su autoestima, la aumentaban de tal modo que Cattaneo acarició con las espuelas a Trésor, su alazán... el corcel se puso al trote, y el tranquilo mulo de Hassa siguió ese trote ligero moviendo la cabeza, resoplando y a regañadientes...

Los blancos muros del puesto estaban ya cerca y brillaban al sol como nieve endurecida.

—Tenemos alguna gente decente —dijo el viejo Kainz al jinete, porque también él se sentía obligado a explicar a su nuevo amigo... Se entendían bien, porque los dos eran vieneses. Se habían dado cuenta enseguida—. Chabert, el *capitaine*, cuida de nosotros. No sabemos lo que es la prisión ni el consejo de guerra. Si por ejemplo uno se emborracha, la duerme en la celda. Y luego el Viejo lo vuelve a sacar. Luego ta el teniente Lartigue, ¡un tipo fino! ¡Alto, fuerte! Agarra con una mano una ametralladora, junto con el trípode, y la aguanta con el brazo extendío; ¡pero siempre tiene fiebre! ¡Es una pena! Pero si no te quedan pitillos, simplemente vas a verle, y te regala dos o tres cajetillas... sí...

Todd entendió la alusión. Los cigarrillos argelinos, los Job, escaseaban en Marruecos... Así que buscó en sus bolsillos, encontró un paquete abierto y se lo tendió al viejo Kainz.

—Bueno, bueno... Quita eso... ¡Tate quieto! ¡No quería decir eso! Tengo bastante para fumar, y mi cabo me da cuando lo necesito... —en su confusión, se expresaba de forma entrecortada. Pero como Todd insistía, acabó aceptando los cigarrillos—. ¡Bueno! Si te empeñas... Pero voy a tomarme la revancha. Esta noche vendrás conmigo a la administración, es 14 de julio... y te presentaré a mi cabo, a Lös. Te gustará... Sabes, soy el carnicero de la intendencia...

—¡Abrevar! —gritó el *adjutant*, porque la tropa estaba cruzando un corte del terreno por cuyo fondo se deslizaba un mísero arroyo. Arbustos atrofiados de adelfa bor-

deaban sus orillas. Los animales se dispersaron, bajaron la cabeza mientras los jinetes se veían forzados a inclinarse hacia atrás, muy hacia atrás, para no resbalar. Luego, los mulos volvieron a levantar los belfos, y los hilos de agua que colgaban de sus ollares brillaron con todos los colores del arco iris...

Mientras el destacamento seguía su camino al paso (primero los de infantería, luego los jinetes), Cattaneo preguntó:

—¿Qué tal es la gente que ha traído?

—A la mayoría no los conozco apenas —el francés de Hassa era bueno, porque contaba ya seis años de servicio—. Pero de los que se apuntaron en Géryville, no puedo decir gran cosa buena. La mayoría están enfermos, y el *capitaine* se alegró de librarse de ellos...

—Los quiero en mi sección —interrumpió el *adjutant*—. ¡Me los quedo! Porque yo no conozco enfermos, ya los adiestraré yo... ¡esos muchachitos, esos pipiolos!

Sonrió, con una sonrisa bastante fea, los dientes que asomaban bajo el bigote estaban amarillos y roídos, y las arrugas causadas por la sonrisa daban al rostro una expresión necia y cruel, como la que se puede observar en los dementes. Luego, Cattaneo escupió con habilidad por la mella de un diente y alcanzó al caballo en los ollares. Trésor quiso encabritarse, pero un tirón del bocado volvió a forzar al caballo a una temblorosa sumisión.

Un lugar pelado... un verdadero campo de maniobras.

A la derecha, casas bajas con muros de adobe pintados de amarillo; un edificio que sobresalía estaba adornado con un porche.

—Esa es nuestra cantina —explicó el *adjutant*—. Y el hermoso color empleado para pintarlo lo he descubierto yo... Una especie de tierra que se encuentra muy cerca. ¡Hermoso! ¿No le parece?

Hassa asintió.

—¡Y allí —Cattaneo señaló una casa solitaria apenas visible tras el muro rojo que la rodeaba— está nuestro convento! ¡Ja, ja, ja, ja! —dejó correr su carcajada, cogió ruidosamente aire y empezó de nuevo... Hassa asintió con devoción—. ¡Sí, sí, no se lo va a creer! ¡Bellas monjitas! ¡Tenemos piadosas monjitas aquí! Diez monjitas para doscientos cincuenta hombres... sin contar a las tropas de paso. Sí, tienen que trabajar nuestras monjitas... ¡y no es solo trabajo manual! Créame, mi querido sargento... ¿cómo era su nombre? ¡Hassa! ¡Muy bien! ¡Mi querido Hassa! Naturalmente, nuestras monjitas solo están a disposición de la tropa... pero ya verá, los días de paga, cómo hacen cola delante de las celdas... las celdas, ja, ja, ja, de las monjitas. Exactamente igual que las mujeres, en la guerra, delante de la casa del *formaio*... del panadero. ¡Ja, ja! Por supuesto, *nosotros* —había una especie de orgullo en aquel *nosotros*—, *nosotros* los oficiales tenemos nuestras propias mujeres aquí en el pueblo —señaló unas cuantas barracas de adobe—, y los sargentos también, salvo que quieran cogerse una buena infección. El Viejo tuvo mucho tiempo a un jovencito árabe... ¡para lavar la ropa, ja, ja!, dice

él... —se atragantó y se vio obligado a toser durante largo rato. Respirando pesadamente, prosiguió—: Lo que yo le diga, sargento. ¡Esas mujeres! ¡Están envenenadas hasta los huesos! Sin duda el *toubib* (seguramente no necesito decirle que aquí llamamos *toubib* al médico) viene de Rich a examinarlas. Pero ¿de qué sirve? Les importa un comino si están en cuarentena o no. ¡Con tal de ganar dinero! Y la vieja, la que dirige el BMC...

—¿BMC? —interrumpió Hassa en tono inquisitivo.

—Parece usted un novato, querido Hassa. Ah, ¿solo ha hecho la campaña de Tonkín? Bueno, entonces... El BMC. Es el Bordel Militaire de Campagne. Está sometido a la administración francesa, en las marchas ponen a su disposición tiendas de campaña y animales de tiro... BMC. No se podría decir más breve. La vieja comadre, la abadesa del convento de Gourrama era en su momento amiga del sargento que llevaba la administración antes de ese Lös. ¡Una gorda y apestosa mujer!... Pero el amor es ciego... ¿no es eso lo que dicen? El sargento llamaba a la vieja *mutatschu guelbi*, ¡mi corazoncito! Magnífico, ¿eh?

El viejo Kainz señaló un edificio a la izquierda, al borde de la gran explanada: detrás de sus muros crecían higueras. El edificio se parecía en su forma al puesto, solo que era más pequeño y no estaba rodeado por tres filas de alambre de espino.

—Mira —dijo el carnicero—. Ese de ahí es el *bureau arabe*. Allí es donde los *bicots* van a quejarse de nosotros...

Una tropa de encapuchados vestidos de gris salió revoloteando por la puerta, se dispersó, volvió a agruparse en una masa sólida. Delante de ella caminaba, de un lado para otro, un hombre delgado; llevaba la cabeza descubierta, pero sus cabellos negro azulados semejaban una loriga de hierro.

—Ese es el *capitaine* Materne —dijo Kainz—. También un *bicot*... Un árabe. Dicen que su padre era jeque en la región de Rabat... y es rico, ese Materne... Sabes, nuestro Viejo tiene que obedecerle, porque Materne es el comandante de la plaza... Esos que lleva a rastras son los *maghzen*; se les utiliza en *servicios de inteligencia*, cuando salimos... Pero Materne les paga mal. Por eso no para de discutir con ellos. Pero a él no puede pasarle nada, porque en el edificio no hay *gums*, los de la caballería marroquí; y en realidad, solo obedecen a su sultán, en Fez. Esa es otra historia con la que nadie se aclara. Nos llevamos bien con los *gums*, porque nuestro cabo, Lös, le da a cada uno lo suyo. Esa casita que ves ahí es el matadero. Ahí voy cada mañana a matar mis ocho ovejas... ¡Vaya bestias! ¡Piel y huesos! Te digo que vivas pesan doce kilos. ¡Y con gusanos en el hígado! ¡Así de grandes! —Kainz estiró el dedo índice.

Delante de la puerta, había una abertura en las tres filas de alambre de espino. Pero a su lado había unos armazones, también cubiertos de alambre de espino, que encajaban de manera precisa en la abertura. En la esquina del muro que estaba más próxima a la entrada, la boca de un cañón amenazaba las montañas del sur, y allí el cielo estaba despejado.

—¡El gran Sáhara...! —murmuró el viejo Kainz con boca desdentada, pronunciando la palabra como si fuera un conocido nombre judío. Luego mandó desmontar a Todd, cogió de las riendas al mulo y siguió a los otros hacia el establo.

Temerosos, los nuevos se apiñaron en un montoncito en mitad del patio que formaban los cuatro barracones bajos. El *adjutant* había escogido un lugar sombreado bajo un saledizo y allí estaba sentado con las rodillas encogidas, las manos entrelazadas delante de las pantorrillas. Hassa susurró algo, excitado, al encorvado sargento Schützendorf, que tenía un aspecto asqueroso. A su uniforme le faltaban botones, y tenía las mejillas sin afeitar. Venía de Saida.

De pronto, una bola de color caqui dobló la esquina de uno de los barracones levantando mucho polvo. Algo pareció frenar su carrera, porque se detuvo y resultó ser un hombre bajito, muy bajito y gordo, con el uniforme arrugado. Llevaba muy calada la gorra de policía, sin visera, de gruesa tela verde reseda. Sus mejillas parecían los cojines rojos de una cama de muñecas... El *adjutant* se levantó con tranquilidad, y su orden, «¡en dos filas!», sonó más bien como una intimación hecha en tono conversacional. «*Garde à...*», llegó a decir aún, pero tuvo que tragarse el *vous* porque el gordo le interrumpió con un gesto cansado. Los nuevos contemplaron sorprendidos al hombre, que describió con sus cortos brazos un movimiento semicircular. Se apretujaron y se les pudo oír susurrar.

—Soy —dijo aquel personaje insignificante— vuestro *capitaine*, mis pequeños. ¿Habéis tenido buen viaje? ¿Sí?

—se cruzaron miradas asombradas, interrogativas. ¿Estaba ese hombre gastándoles una broma? Ese tono no era habitual en la Legión. Cuando todos guardaron silencio—: ¿Me gustaría oír una respuesta! ¿Habéis tenido buen viaje? ¿Tenéis alguna queja? Hablad tranquilamente. O si alguno de vosotros no quiere hablar en público, que venga luego a verme a mi despacho. Estoy aquí para defender vuestros derechos. Una vez más, ¿habéis tenido buen viaje?

Titubeando, a coro, la respuesta: «*Oui, mon capitaine*».

—Así me gusta. Veo que tendréis que acostumbraros a mi forma de ser... En Argelia, me da la impresión, no hicieron otra cosa que gritaros y despreocuparse de vosotros. Solo que aquí, en mi puesto, es distinto. Me siento responsable de todos vosotros, sí, de todos... —otra vez aquel movimiento semicircular con los bracitos—. Estaréis bien aquí. Como vosotros os habéis comprometido con la bandera de Francia, nosotros, vuestros superiores, como representantes de la gran República, os lo sabremos agradecer. Bien... ahora estáis libres... vosotros y mi compañía —el *capitaine* subrayó la palabra *mi* con orgulloso ademán y entonación—... Mi compañía y vosotros estáis libres por hoy... El 14 de julio es festivo, y vamos a celebrarlo. Esta noche os explicaré qué clase de día es hoy. Mañana el jefe revisará vuestros efectos personales... Ahora podéis marcharos.

Se llevó la gruesa mano en horizontal a la frente, oculta bajo la tela verde reseda de la gorra de policía, pero ni en ella ni en las mangas brillaban los tres galones dorados de

su graduación. Y ese saludo, inusualmente correcto —en Argelia, a los oficiales les costaba trabajo levantar dos dedos a la altura del hombro—, pareció entusiasmar a los oyentes de aquel hombre pequeño, insignificante. Los tacones sonaron al entrechocar, las manos se alzaron hasta los salacots y se quedaron allí, con las palmas hacia fuera.

Pero el *capitaine* Chabert volvió a irse, sin prestar la menor atención al *adjutant*.

La dirección de la celebración vespertina había recaído en el sargento Baguelin, un pelirrojo francés meridional cuya delicada piel, saturada de pecas, no se había tostado con el sol ni siquiera después de seis meses. No pertenecía a la Legión Extranjera, sino a las tropas coloniales, se ocupaba del correo y atendía el teléfono. Con el sargento Hühnerwald, de la cooperativa, y el cabo Dunoyer (dieciséis años de servicio, doce de ellos en *travaux publics*), había despejado después de comer el barracón de la Sección de Ametralladoras y montado un escenario sobre diez toneles prestados por el cabo Lös, de administración. Había pocos asientos: unos cuantos viejos catres de campaña, con las patas sujetas por alambres. En la primera fila había tres sillas de verdad...

La representación empezó después de la cena, que fue bastante abundante. Abrieron el programa cuatro intérpretes de armónica: tocaron «La Marsellesa» llevando el ritmo con el pie en las tablas del escenario, que se combatían por el centro. Los espectadores se pusieron en pie, el *capitaine* cantó a voz en cuello, algunos tararearon la me-

lucía, los otros estaban callados y aburridos, con las manos entrelazadas, como en la iglesia. Luego los músicos se retiraron, y todo el mundo volvió a sentarse. Pero los catres de campaña no pudieron soportar el peso y se desplomaron, ante lo que la audiencia dejó escapar una sonora carcajada. También el *capitaine*, cómodamente reclinado en su silla, dejó oír un convencido relincho. Había tomado asiento en la primera fila. A su derecha se acuclillaba su ordenanza, el comunista húngaro Samotadji, cuya barba rubia terminaba en punta en el cinturón; a su izquierda se sentaba el cabo Hans Lös, con las piernas cruzadas, en una postura que había aprendido del jeque del pueblo cercano. En un amplio semicírculo, rodeaban al *capitaine* unos veinte hombres, como una especie de guardia personal, y entre ellos se encontraba el único que tenía graduación, precisamente aquel cabo Lös. La predilección del *capitaine* por aquel hombre común era muy conocida. Seguía llevando su deslucido uniforme caqui, que no dejaba ver por ninguna parte los tres galones dorados de su rango.

Peschke, el ordenanza del teniente Lartigue, había traído de su bien amueblada habitación un sillón club en el que el teniente se sentaba con las piernas estiradas. El blanco uniforme, bien planchado, hacía que sus robustos miembros parecieran aún más gruesos. Su rubio cabello temblaba al viento sobre la amarilla redondez de su frente; el cansancio había cavado surcos en torno a los ojos y los labios secos, blanquecinos. Por la mañana había tenido un ataque de fiebre y se había tomado dos gramos de quinina. Además, sus amigos árabes del pueblo le habían prepa-

rado una infusión de hojas de cáñamo. Por eso, sus ojos saltones brillaban al resplandor de las muchas velas que ardían sobre pequeñas repisas de madera en las paredes. Solo delante, en el escenario, se habían puesto lámparas de carburo, cuyo silbido se oía claramente en el silencio que a veces se producía. En un rincón, también en primera fila, se sentaban, como en una isla, como separados por una pared de cristal, el teniente Mauriot y el *adjutant* Cattaneo. El teniente Mauriot, cuyo liso rostro de niño trataba en vano de contraerse en pliegues despreciativos —su morena piel aún era demasiado joven y tersa—, y la cara de borracho del *adjutant*, que mostraba un brillo verdoso a la luz amarillenta, como el rostro de un ahogado, estaban, a pesar de la falta de sitio, rodeados de un pequeño espacio vacío que parecía inaccesible. De vez en cuando, el teniente Lartigue lanzaba, desde sus redondos ojos, una mirada sarcástica hacia ambos, y una insistente risa interior, que no llegaba a descargarse, estremecía su cuerpo.

Por fin, tras una larga pausa, el sargento Baguelin subió al escenario. Se había atado un paño de colores alrededor de las huesudas caderas y, en el torso desnudo, a la altura de las tetillas, un fajín acolchado que sin duda debía representar un sujetador. Anguloso, moviendo las caderas, cruzó el entarimado haciendo resonar rítmicamente los tacones de madera que había pegado a sus alpargatas. Cantó en voz alta:

*Et puis si par hasard,
Tu voyais ma tante...*

Y guiñó un ojo. La palabra *tante* desencadenó un fuerte rugido. Chabert se inclinó hacia Lös, le dio una palmada en el hombro y le guiñó el ojo izquierdo. Lös se sintió halagado; era el único suboficial al que el *capitaine* mostraba amistad, probablemente porque no tenía mando.

El rostro del teniente Lartigue estaba mojado. La cargada, que por fin había descargado, había tenido como consecuencia un brote de sudor, y sus cabellos se habían convertido en greñas. Su rostro parecía ahora hundido, viejo y arrugado, los pómulos marcados, estrechos y afilados, bajo la fina piel.

Pero el ruido enmudeció de pronto y un silencio casi imponente cayó sobre muchas de aquellas cabezas, que flotaban en el aire brumoso como balas perdidas. Una figura de mujer estaba encima del escenario, con un sencillo vestido marrón que caía recto desde los hombros. La piel, de un moreno cálido, era tan solo un poco más clara que los ojos, que miraban tranquilos y un poco cansados hacia la lejanía.

Primero la figura se quedó inmóvil y dejó caer los brazos, relajada. La raya que dividía su pelo oscuro, en el lado derecho, era un trazo muy blanco, lo único blanco en ella. Y empezó a cantar, en alemán, sin movimiento perceptible, tan solo la cabeza oscilaba suavemente sobre su largo cuello al ritmo de la melodía:

*Somos las princesas del dólar,
chicas de oro puro.*

El efecto de la canción fue claro en el pesado silencio; los cuerpos tensos de los oyentes llenaron el espacio de una intensa nostalgia, y los suspiros arrancaron jirones de color a sus muchos pasados, y los arrojaron al cuartel, envuelto por una noche luminosa, una noche extranjera y hostil.

Cuando hubo terminado, la figura de mujer se inclinó levemente, con timidez, manteniendo las manos entrelazadas delante del regazo. Hubo entonces aplausos y pataleos; el ruido se fue haciendo cada vez más fuerte, cortado por silbidos y gritos de entusiasmo; nada de aquello pareció afectar a la figura. Se inclinó una vez más y se marchó con un ligero contoneo. Pero el aplauso la hizo volver. Con un bien fingido titubeo, pisó de nuevo el escenario, se inclinó, levantó la palma de la mano pidiendo silencio. El alboroto se interrumpió.

La misma voz, leve, incolora, un poco tomada, como si tuviera que abrirse paso a través de una fina tela, empezó a cantar de nuevo la misma canción. Así, sin acompañamiento alguno, sostenida tan solo en su propia fragilidad y apoyada en los escasos movimientos de su cabeza, volvió a llenar hasta el último de los rincones. Pero sus ojos oscuros evitaron atrapar todas aquellas miradas que se reunían en su rostro como en un punto. Miraban a lo lejos, probablemente no veían nada, no contenían ni nostalgia ni recuerdo.

Cuando hubo terminado, Chabert se inclinó hacia Lös. Con mucho encanto, parpadeó unas cuántas veces y dijo:

—Eh, Lös, estaría bien para esta noche, ¿no te parece, mi pequeño?

Lös se sobresaltó, sorprendido por la nostalgia, que le hizo suspirar largamente. Luego se encogió de hombros.

—Solo es Pachuli, *mon capitaine*, y está prácticamente casado.

—Casado, ja, ja, casado. Mire lo que me cuenta el pequeño Lös, Lartigue —el *capitaine* se inclinó hacia el agotado teniente para contarle aquel chiste tan bueno. Pero los resecos labios de Lartigue se mantuvieron cerrados, no pudo forzarlos a una sonrisa. Parecía sordo, y el *capitaine* se volvió de nuevo hacia el escenario.

En ese momento apareció un ser extraño. Semejaba llevar a otro en una carretilla, pero si se miraba con más atención, se advertía que llevaba atado a la espalda el torso de un muñeco que terminaba en sus piernas, mientras un par de pantalones vacíos unían la carretilla al torso del hombre. El conjunto era grotesco y atroz. Los rasgos del muñeco estaban pintarrajeados, enseñaba unos afilados dientes de madera y agitaba de forma aterradora los brazos muertos. El propio hombre se había pintado el rostro totalmente de blanco, marcando con trazos de carboncillo negro unas sombras que le corrían por las mejillas y la frente, y su gran boca sangrienta se extendía hasta las orejas. Nadie reconoció en principio a la terrorífica criatura doble, hasta que finalmente un enterado susurró la explicación:

—Es Hühnerwald.

El *capitaine* Chabert no dejaba de darse palmadas en

los muslos, brincaba en su asiento y no se cansaba de repetir «ah», «oh» y «épatant». Incluso el *adjutant* pareció despertar de su estupor, un sonoro gruñido de satisfacción hizo temblar sus largos bigotes.

—*Enfin, j'ai une auto et j'y promène ma femme* —cantaba el rostro blanco sobre el escenario mientras empujaba la carretilla por las tablas vacilantes.

Cuando desapareció, después de dar unas cuantas vueltas, volvieron a entrar en escena los cuatro intérpretes de armónica; esta vez tocaron la marcha «Sambre-et-Meuse», se retiraron, y el *capitaine* Chabert subió al escenario. Se plantó allí con las piernas abiertas e hizo una seña a Lös y al sargento Sitnikoff para que se le unieran. Parecía pequeño e insignificante entre sus dos subordinados. Con movimientos demasiado concisos, habló de la toma de la Bastilla, de la libertad que el pueblo de Francia había extendido por toda Europa, de la sangre que en la última guerra había derramado por la liberación de la humanidad, y ahora continuaba sus nobles tradiciones y concedía asilo a los refugiados de todas las naciones frente a las persecuciones de sus gobiernos: a los rusos contra la dictadura bolchevique, a los alemanes contra la reacción. A Francia le bastaba con saber que todos eran fieles a su bandera, aquella que se había izado hacía más de cien años, la tricolor. Ya fueran socialistas, comunistas o monárquicos, criminales o desdichados, Francia solamente preguntaba por la valentía y la lealtad. Y esas cualidades siempre habían sido muy apreciadas en la Legión.